

GUSTAVO SAINZ

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

PRESENTACIÓN

Cuarta novela de Gustavo Sáinz, *Compadre Lobo* prolonga el sentido y la dirección de sus tres obras anteriores: *Gazapo*, *Obsesivos días circulares* y *La Princesa del Palacio de Hierro*. Ninguna de las cuatro se ofrece como un fenómeno aislado. Ninguna de las cuatro puede entenderse desligada de las otras. Eslabones de una cadena, causa-efecto-causa de las anteriores y las posteriores, las historias se integran como términos de un proyecto novelístico específico que con la aparición de *Compadre Lobo* a fines de 1977 cumple doce años de existencia.

Nacido en 1940, líder literario de una generación que rompe definitivamente con la temática rural y de la Revolución Mexicana, seguidor de la visión capitalina inaugurada por *La región más transparente* y feligrés de las búsquedas narrativas y la experimentación formal, Sáinz pertenece a esa familia de escritores obsesivos atrapados en los cauces de una sola historia —sin duda la suya propia— que se empeñan en reinventar en cada libro, que en cada libro visten con diferente anécdota, quizá con distinto ambiente, pero sin desarraigarla jamás de esa obsesión egocéntrica y rectora de la personal carrera literaria. Así como Faulkner o García Márquez inventan un pueblo para congrega a todos o a casi todos los personajes de sus relatos, así como Proust decide desenredar un solo carrito autobiográfico, así como a Simenon le basta un protagonista para convertirlo en testigo absoluto de su inventario policial, así Sáinz descubre y crea una mentalidad juvenil peculiarísima —desde la adolescencia hasta los primeros años de la madurez— para hacerla tema único de toda su obra.

Entendida como centro de gravedad, la mentalidad juvenil captada en su origen y seguida en su desarrollo y en la multiplicación de sus variables es la clave de la narrativa sainziana. De obra en obra cambia el protagonista, por supuesto: en *Gazapo* es el adolescente que en las fechorías con sus amigos y en el despertar liberador del sexo encuentra la temática y la justificación para incidir en la literatura; en *Obsesivos días circulares* es el escritor en funciones que vive ya lo que escribe y que escribe para vivir lo que imagina con, por y para sus cómplices; en *La Princesa del Palacio de Hierro* es la joven de clase media enfrentada a una imaginaria grabadora para inventar, remedando un estudio antropológico, su confesión autobiográfica; en *Compadre Lobo*, por último, es el artista surgido del lumpen proletario y catapultado al ambiente intelectual en medio

por Vicente Leñero

de mil correrías noctámbulas con sus compañeros y rivales. Siempre una constante: la aventura compartida; siempre la presencia grupal como envoltorio del protagonista que vive en función de quienes lo acompañan, educan, pervierten y determinan su forma de ser, de vivir, de pensar. No hay individuos aislados en las novelas de Sáinz, ni los personajes tienen razón de ser fuera de la pandilla. Son “los cuates” los que dan forma y personalidad al eventual protagonista, y es para “los cuates” para quienes se vive y se escribe.

Esta presencia grupal, expresada siempre a través de una realidad y un concepto de aventuras que parece derivar de los géneros de la historieta, transforma al personaje central, aparentemente único, en el representante y el responsable —acaso la víctima— de los episodios experimentados en común.

Las novelas adquieren así la categoría de un testimonio generacional y, literariamente hablando, la forma de un gigantesco *comic* desarrollado en etapas incesantes y hecho estallar a cada momento en disparatadas travesuras. En respuesta a un medio social gobernado por la rigidez, en contradicción con una escala de valores impuesta institucionalmente por la tradición, el conservadurismo, la hipocresía o la pobreza de espíritu, las pandillas de Sáinz reaccionan con la ferocidad irrespetuosa de la travesura. Por momentos ésta puede aparecer simplemente como un juego o una carambola inocente que a nadie daña, pero en ocasiones linda con la abierta transgresión legal, con el crimen punible o la revolución personalísima. Travesuras son los escarceos eróticos de los personajes que, como ocurre en todos los descubrimientos de la juventud sainziana, dejan de ser experiencias individuales para convertirse en cínicas —graciosamente cínicas— aventuras en común. Abiertas rebeldías son, en cambio, las agresiones a la comunidad desencadenadas entre burlas a las instituciones y bofetadas a un sistema político, social, religioso, legado imperativamente por la generación anterior.

El despertar de esta juventud, su divertida aunque estéril revolución, no tiene causas ni cauces políticos evidentes, pero sí permite denunciar sus timideces —y en eso se empeña Sáinz aunque su desenfado lo disimule— la carga opresiva y represiva que soportan quienes nunca tendrán a su alcance la posibilidad de tomar decisiones trascendentales para transformar su comunidad.

Como estructura literaria propiamente dicha, la sucesión de aventuras constituye el armazón característico de las cuatro novelas escri-

tas hasta ahora por el novelista mexicano. A simple vista se puede concluir que tales episodios representan anécdotas de suyo independientes trabadas por el puro empeño del novelista de imprimir continuidad y espesor a cada una de sus obras, pero analizando con más rigor el fenómeno se descubre sin dificultades que el encadenamiento de las aventuras del grupo y su protagonista está orientado por un afán evolutivo que obliga a los personajes, y a la historia misma, a transformarse. Ni Menelao en *Gazapo*, ni la Princesa, ni Compadre Lobo son al principio los mismos que al final de sus respectivas historias. Aunque el trayecto cronológico sea mínimo o se quiera calificar de breve a la luz del giro circular con que el novelista finge comprimir su relato para hacer sentir que nada ha ocurrido, la realidad del mundo descrito sufre un cambio radical, violento, en el transcurso de las primeras a las últimas páginas. No es sólo que los personajes han crecido, o madurado, o alcanzado la realización personal —como en el caso concreto de *Compadre Lobo*—; al margen de esta consideración cronológica pueril, evidente, lo que ha ocurrido de milagroso a lo largo de las doscientas o trescientas páginas de cada novela es que los personajes se han transformado por el hecho trascendental de haber sido conocidos públicamente, *leídos* por el espectador que hace correr sus ojos por los párrafos del libro. En el fenómeno producido a efectos de la comunicación entre la conciencia del emisor y la conciencia del receptor se halla el sentido último del cambio y del mutuo enriquecimiento que alcanzan para sí tanto los personajes como el lector. Al poner punto final a su relato, la Princesa del Palacio de Hierro puede proclamar su transformación radical, no en función del lapso abarcado por su historia sino en función de la misteriosa relación establecida con su interlocutor invisible. Éste puede asimismo garantizar que la protagonista recién conocida en las primeras páginas poco sabía en ese comienzo —a pesar de tratarse de un relato estrictamente en pretérito— de su futuro novelístico: mucho ignoraba de las aventuras por vivir que ella misma inventando, mintiendo, logra evocar animada exclusivamente por el afán exhibicionista de ser conocida, poseída; es decir, leída.

Algo semejante ocurre con el Menelao de *Gazapo* y con Compadre Lobo. A través de ellos y mediante el ardid de la escritura, Sáinz postula su fe en la literatura como forma única de conocimiento y de transformación, como insólita posibilidad de vida plena al margen del tiempo y de la biografía personal. Lo verdadero de la aventura novelística, a la luz de esta óptica, no reside para Sáinz en la verosimilitud de los personajes o de los acontecimientos sufridos o gozados por ellos en relación de “espejo” con la realidad; más allá

de esta adecuación obvia que compete a la sociología de la literatura realista, la verdad profunda de la novelística sainziana se apoya en la cerrada y perfecta adecuación de su narrativa —personajes y situaciones— con el mundo privado de la pura ficción en que se inscribe. No en balde cada historia delata esa plena conciencia de que lo dicho y escrito por el narrador está siendo dicho y escrito con fines exclusivamente literarios. No en balde Menelao graba cintas, ni en balde tampoco Compadre Lobo —reflejo de Menelao desde la madurez, desde la perspectiva del barrio proletario— intuye su condición de personaje ficticio y se afana por presentar ante los lectores su mejor rostro, a manera del actor que se acicala e interroga en el espejo antes de salir al foro.

Conciencia de los personajes como personajes, a través de un narrador comprometido con ellos, y conciencia de la historia como historia de imaginación: jubiloso juego para trascender la existencia limitada del escritor.

Si Sáinz no subraya la mecánica de sus procedimientos ni insiste en evidenciar sus múltiples propósitos estilísticos es desde luego por evitar una caída estrepitosa en el precipicio de la experimentación que tantos descabros e incomprensiones ha ocasionado a escritores nacionales y extranjeros. Sólo en *Obsesivos días circulares* —por cierto su novela menos conocida y más superficialmente apreciada— el narrador se atreve a alardear de sus conocimientos formales, de su habilidad para bucear en los laboratorios de la narrativa. Al hacerlo deja allí su testimonio y la clave de su mayor preocupación literaria, pero en las siguientes novelas esquiva este peligro, oculta esta inquietud y regresa al campo de la claridad novelística enmascarando, aunque no renunciando, a su credo literario.

El resultado es la construcción maliciosa de varios niveles de lectura posible capaces de interesar lo mismo al lector ingenuo atraído por lo episódico que al especialista preocupado por descifrar las leyes del fenómeno novelístico más allá de la anécdota y de la lógica realista. Se satisfagan o no éste o aquél, polemiquen los críticos sobre virtudes y defectos particulares —más empeñados en otorgar calificaciones escolares, neciamente paternalistas, que en la comprensión de una obra y de un autor— las novelas de Gustavo Sáinz dejan muy en claro la coherencia de una postura mantenida como obsesión a lo largo de cuatro obras seriadas.

De *Gazapo* a *Compadre Lobo* poco ha variado la mentalidad del novelista. Su aventura, la de sus novelas, ha conservado con firmeza genial los propósitos originales: descubrir a través de las mentiras de la ficción, una forma de vivir con verdad, y en plenitud.

CARA I
Duración:
19' 50"

Compadre lobo (Selección)

CUANDO ERA NIÑO

Entré en la recámara de mi padre y vi una mujer en la cama. Una incitante aparición, allí en la cama, y yo, con la imaginación encendida, observando, observando, fingiendo que buscaba algo... Mi padre trabajaba como chofer en la línea de camiones Lomas Chapultepec y había salido. Intuía golosamente que la mujer estaba desnuda bajo las cobijas y me acerqué: el empujón de la libido y la sangre en el rostro y a la mejor el pitito de seis años estremecido al levantar la colcha despacio, despacio, muy nervioso... Entre sueños ella dio un manotazo, cubriéndose cuando apenas había logrado verla. Dije: se me cayó un botón de la camisa, lo ando buscando... Sí, claro, un botón al encontrar el umbral del misterio, la revelación del umbral. Me engarruñé debajo de la cama aunque mi imaginación quedaba arriba. ¡Me arranqué un botón! *Para muestra basta un botón...* Mi cuerpo allí, anonadado por la presencia turbadora de lo erótico, transpirando debajo de la cama, junto a la bacinica y las pantuflas, en la sombra, en ese pequeño abismo doméstico...

SERMÓN

El catequista adopta aires mesiánicos y habla muy cerca del micrófono. Su voz resuena atronadora en la enorme nave de la iglesia.

—El principal enemigo del hombre es la mujer... No hay peor enemigo en el mundo que la mujer —gesticula, esforzándose por dar miedo. O bien: —Hay parejas de novios que llevan a tal grado su desvergüenza, que desarrollan a tal grado su falta de moral que, pena me da decirlo, hasta se besan...

—Pues en donde —comienza el Ganso.

—Este cuate está pendejo —murmura el Ratón Vaquero.

—Y ninguno de ustedes se puede casar —sigue el catequista—, hasta que no estudie una carrera y gane un mínimo de trescientos pesos diarios...

—Este viejo ya la está regando —murmura el Sapo—, porque si me ando aventando con veinte varos que gano en el taller, pues cómo, este cuate deveras que no...

—Cómo es posible —a todo volumen—, que los hombres anden mirando a esas mujeres que se entallan toditito, a esas desvergonzadas... Pasa una mujer —mesiánico—, y cómo es posible, digo,

que los hombres se le queden viendo a las nalgas... ¿Qué tienen de extraordinario las nalgas de una mujer? Si son más grandes es porque fueron preparadas por Dios para tener hijos... Además, son más bonitas las nalgas de los hombres...

—Uy, este cuate ya se está cayendo del mecate...

CANTINA 1 A.M.

Dos pedazos de hielo flotan en el vaso colmado de Habanero Berreteaga. También están la música y las mujeres pintarrajeadas, pero Lobo inicia un profundo descenso a la noche de su existencia, lejos de nosotros, del anodino y desproporcionado *ahora*. Persigue con cautela la ignorancia infinita, ahogarse, envolverse en la noche. Con una sonrisa torcida se desliza por encima de la niebla y las gotas que exhuda su dulce bebida y en la oscuridad impenetrable trata de fundirse con las sombras, de ser él mismo *noche*, hasta que todas las frases suenen estúpidas, todas las respuestas ilusorias y sólo el silencio sin sentido de la noche responda...

AMPARO CARMEN TERESA YOLANDA

A través de la enorme puerta de la escuela un merengüero le contaba historias maravillosas y preguntaba cada vez con mayor pasión:

—¿Cuándo sales?

Sus proposiciones chocaban con la puerta.

—Quiero invitarte a pasear. Quiero ser tu novio...

—Eso no puedo —decía ella, con serenidad—. No, eso no puedo. Pero vamos a conversar. Hasta que me muera vamos a conversar por esta puerta...

Para entonces ya tenía fama de loca. Los compañeros secreteaban que hablaba sola. Y es que a veces se acercaban a la puerta y la oían decir cosas que ella inventaba para que no sospecharan la existencia del merengüero. Entonces la acusaban con los prefectos y la tachaban de *trastorna* y desorbitada. Le escribían a su madrastra, la mandaban llamar...

Es extraordinario el poder que tienen los adultos para ensombrecer la vida por todos lados, la facilidad con que pueden ser envidiosos y mezquinos, obtusos e intolerantes...

A través de la cerradura de la puerta infranqueable, el merengüero le hablaba suavemente. Le contaba películas, le describía las fe-

rias y los circos... Ella ofrecía las mejillas, no los oídos... Las operaciones más sencillas y hermosas de la vida exigen que nos acerquemos al misterio. Y ese aliento que recorría su rostro infantil era misterioso. ¿Cómo es que rozaba los límites de la razón y la llevaba tan lejos, hasta el borde mismo del amor y la violencia carnal? Creía haber esperado ese aliento desde siempre, lo reconocía... Por unos momentos esa zona del patio se poblaba de figuras amables, el universo era legible... Como si hubiera música, una música que traspasaba su corazón y lo llenaba de indecible alegría, de una exaltación y desesperación infinitas...

ALCOHOLES

Emborracharnos profundamente era lo único que nos hacía escapar de lo que había en el fondo de la noche. Cuando llegábamos a esas horas la vigilancia consistía en beber... Si no bebíamos no podíamos permanecer despiertos... Pero beber poco o mal nos abría al miedo, sin duda porque hacíamos la noche presente en una época de nuestras vidas en que no podíamos soportarla más que borrachos o dormidos. Porque la noche era la ausencia de Amparo Carmen Teresa Yolanda, la cama sin ella y el sueño que hacía emerger al ser de los primeros tiempos, y no sólo al niño, sino más allá, lo más lejano, lo mítico, el vacío y la vaguedad de lo anterior...

BURDEL

—Bueno, qué ¿cuánto va a ser? —bramó Lobo, mundano y casi abyecto.

—Pues cinco pesos...

—No, cómo que cinco pesos... Ni que dieran calendario...

—No sean mamones —reclamó la más gorda—. Tres pesos es lo menos. Si quieren... Y si no, pues no...

—Juega. Tres pesos sí —aceptó Lobo.

Entramos con firmeza en el umbral desconocido. Era un cuarto de techos enormes, con viejas sábanas colgando de unos mecates que marcaban las divisiones. Había catres llenos de mugre y una veladora en algún lugar que provocaba rincones de sombra densa, negros como cavernas. Una mujer, o por lo menos algo que olía a mujer, me tomó del brazo.

—Tú ven acá... Dame los tres pesos.

Al caminar hacía un ruido extraño, como si arrastrara una cola de lagarto.

—Órale —dijo y se tendió en el catre, ajena a cualquier indicio de vergüenza, y dejando descubierta una pierna de palo, *su pierna de palo*...

Aspiré el olor sulfuroso y el olor a mercado de aquella habitación, asimilando la imagen de una marrana de piel estriada y una pierna postiza, de una bruja en un estercolero. ¿Asimilando? Esa casi mujer se sabía humana y sonreía, reía de la idea de que vivía como los puercos...

—Apúrate que no tengo tu tiempo...

No sabía qué hacer y me quité el saco. Empecé a desabrochar mis pantalones sin atreverme a verla de frente.

—¿Vas a encuerarte? —incrédula, cínica y retadora.

—No —improvisé nerviosamente—, es que tengo mucho calor...

—Estás loco —dijo, extraña a cualquier clase de angustia y especialmente a *mi* angustia—, qué encuerar ni qué encuerar, apúrate, así, ándale —y abrió las *piernas* con los ojos perdidos en las sombras—, anda, llégale...

La noche abría las fauces bajo su falda y allí estaba yo, en el límite de lo peor, de una experiencia intolerable...

—Ándale, papacito...

Revisaba con su lengua los repliegues de mis oídos y sentí la acritud, la viscosidad del placer. Así que eso era el placer. En el colmo de la exasperación me preguntaba si *eso* era: el olor a sudor, el oloroso de esa piel pública, la voluptuosidad que me abría al vértigo o la pierna de palo que me cerraba, puntual e inesperada, obscena y obsesiva, golpeándome en las nalgas marcando el ritmo. Tac, tac, tac, tac...

—Apúrate, que se me va a ir la noche en pendejadas...

Con esas palabrotas rechazaba mi dignidad de adolescente.

—No puedo...

—Mala suerte —y se levantó sofocando las furias de mi deseo.

Volvió con una palangana y me lavó muy bien.

—¿Qué? ¿No me vas a dar propina?

—Sí, sí te voy a dar propina, y dos pesos. Después de todo no era el dinero lo que la degradaba, ni las tinieblas subrayadas por la veladora parpadeante, ni su pretendida clandestinidad.

—Ya sabes, cuando quieras volver tres pesos, ¿eh?

LAS NOCHES DE LOS OTROS

En la noche de los demás todo se esfumaba: horas de reposo, de ausencia, de silencio. Lobo y yo caminábamos al encuentro de aventuras inexplicables y los que dormían debían ignorarlo. Pero mientras todo desaparecía en la noche de los otros, todo aparecía en nuestra noche... Nuestra noche era aquello que surge cuando los sueños reemplazan al sueño, cuando los muertos caminan desde el fondo de la noche para ocultar y apaciguar la esencia de la noche. Eran noches con cosas que no podían dejar de verse, algo incesante que se hacía ver o sentir y que no podíamos traducir a palabras... Los otros encontraban el olvido e incluso la muerte en sus noches tranquilas y domiciliarias; nosotros nos enfrentábamos a una muerte que no estaba por ningún lado, al olvido que se olvidaba, a recuerdos sin reposo que se agitaban en la noche llena de ruidos...

PRIMER AMOR

Me deslizo hasta el cuarto de azotea adonde celebramos nuestros ritos nocturnos: es aquí donde hemos jurado una y otra vez negarnos al tedio y vivir únicamente lo que nos fascina. La oscuridad es tan densa que nada parece estar presente, excepto su cuerpo. La oscuridad no puede ocultarla: su cuerpo habla. Hay una lucha amable porque ella no quiere ser desvestida y yo la desvisto; luego vienen abrazos feroces, gemidos animales, lenguas ávidas, grandilocuentes, febriles, manos que buscan incesantemente, respuestas definitivas a preguntas informulables. Rozo su frente, la beso, muerdo sus senos. El ritmo de la noche se acompasa al de nuestra sangre. Quiero leer en sus cabellos revueltos, en su boca angustiada, en sus mejillas ardientes, pero no parece estar hecha para ser comprendida, no hay nada que comprender en ella excepto esto mismo, que es *incomprendible*. No será la razón, sino el amor quien suministrará los últimos y más duraderos espejismos. Enamorados, nuestra vanidad no conoce límites. *Quiero leer en ella como en este libro*, pero a la vez ¿qué quiero saber si lo inefable que es ella entera se comunica a través de sus caricias y de su aliento?

¿BONITA?

—¿No te parezco bonita? —me preguntó una vez Amparo Carmen Teresa Yolanda, con voz tranquila, de elegante claridad.

Yo la escuché apenas conmovido, y me pregunto si esa inquietud es todavía posible. Porque bonita no eras, no, ni bella, porque la belleza es una desgracia, una alienación, una herencia cultural impuesta por los que detentan el poder, algo prefabricado y profesional. La belleza es completamente ilusoria, pues es evidente que ninguna mujer es bella. Hay mujeres armónicas y mujeres seductoras, pero no hay mujer bella porque la belleza es algo imaginario. Ni las modelos en las revistas o las artistas en las películas son así: son más vivas y por lo tanto más imperfectas. Tratar de ser la más bella no existe. La belleza constituye la alienación de la mujer, su desgracia. Y tú eras más que bonita y menos que bella, eras excitante, eras seductora, eras estimulante, eras también tranquilizadora.

CONFIANZA

Leía *Pedro Páramo* en el salón de clases, ocultando el volumen con el libro de química, considerablemente más grande. Su vocabulario reducido a una simplicidad angustiosa me desquiciaba. La sordidez del paisaje central, al que concurrían todos los demás, era como una metáfora de mi desolación. Planeaba enmascarar a Amparo Carmen Teresa Yolanda con la imagen de Susana San Juan: la única mujer que Pedro Páramo no llega a seducir, enloquecida de deseo, codiciada por todos, conservada en castidad por un sacerdote, el padre Rentería... En esto el maestro me llamó, y en la confusión de levantarme sin hacer notar la novela de Rulfo, rayé un párrafo sobre halógenos o algo parecido.

—¿Qué pasa con los cromosomas si sometemos a la célula a una fuente potente de radiación? —inquiría el maestro.

¿Morían? En los libros la muerte nunca constituía un problema. Al morir Pedro Páramo no moría, sino que nacía, accedía a la presencia, se establecía en la memoria...

—Podría decirnos siquiera si sabe ¿qué son los cromosomas?

—Cintas de proteínas y ácidos nucleicos que fijan el crecimiento y la herencia —vociferó otro.

Me senté derrotado y escéptico. Así que pretendían enseñar la vida, analizarla, examinarla, develarla. Y todo esto con eufemismos a los que los llevaba su rígida moral, y que disimulaban actos inconfesables como desflorar, desgarrar, cercenar, incidir, estrangular, penetrar, satanizar, violar; acciones que para impedir el vuelo de la imaginación disimulaban con sinónimos como saber, conocer, interrogar, descubrir...

—Este es mi libro —le dijo un estúpido a otro—, lo reconozco por esta raya, ¿verdad? —Y a mí— Así que tú lo tenías, pinche buey, vas a ver con el maestro —y me lo arrebató—. Químico... —La clase había terminado y reinaba en el grupo cierto desorden—. ¿Recuerda que le dije que me habían robado un libro? Este es, este muchacho lo tenía. Químico, lo reconozco por esta rayita, la hice delante de él, ¿verdad, tú?

—Sí, maestro, yo soy testigo...

¡La raya de lápiz que acababa de trazar! Permanecía en mi lugar estupefacto. Querían sacudirse su aburrimiento provinciano y aspiraban a carnicerías y maldades memorables. Competirían a arrojar el semen lo más lejos posible; se entrenaban en la mentira y el sin sentido y sin embargo, no pasaban de muchachos tambaleantes y raquíuticos... Carecían completamente de interés.

—¿Robaste el libro? —preguntó el maestro irguiéndose confiadamente.

—No tengo necesidad dije con rapidez—, a mi padre le regalan todos los libros, ni siquiera los compra...

—Este muchacho dice que el libro es suyo...

—Que diga lo que quiera. El libro es mío, usted puede preguntarlo allí en Libros Escogidos, en la avenida Hidalgo, o si no, directamente a mi padre...

—No tiene tu nombre por ningún lado...

—No acostumbro ensuciar mis libros, además, mire los útiles de mi compañero, vea en qué estado están, y mire el libro de Química. Parece nuevo ¿no es cierto? Como todos mis libros ¿ve usted?

—¿Qué dices a esto? —preguntó al muchacho.

—Pues es que me lo robó cuando lo acababa de comprar, maestro.

—Bueno —dijo el Químico, no del todo convencido—, me voy a quedar con el libro hasta aclarar todo... —Y después de un instante, mientras caminábamos hacia el patio, echando ufanamente los hombros hacia atrás—. Dices que a tu padre le regalan los libros, ¿no?

—Sí, maestro, y a mí también...

—Entonces ¿por qué no le damos este ejemplar a ese muchacho y que tu papá consiga otro?

—Lo que necesita ese muchacho es una frotadita, maestro...

—Ven —sonrió—, acompáñame a la Dirección, te voy a enfrentar a nuestro Detector de Mentiras... Más de dos se han muerto por eso...

Tal vez la vida exigía jugar con la muerte, introducir un juego, un poco de electrónica allí donde no había recursos ni dominios. El Químico no necesitaba alarmarme con eso. Siempre he sentido profundamente que la vida es caminar con la muerte, exponerse, abrirse como una herida y verse de par en par: desvergonzado, mentiroso, ruin, traidor... Quien dispone de sus miserias dispone de sí, está ligado a todo, establece íntegramente relaciones de soberanía...

—¿Y el Detector de Mentiras?

—Espérame un momento...

En la penumbra de la Dirección traté de pensar en el viejo librero. No podía leer.

Hay dos pecados capitales de los que derivan todos los otros... —¿Citaba a Kafka?—. La impaciencia y la negligencia. A causa de su impaciencia fueron echados del paraíso. A causa de su negligencia nunca volvieron...

El libro de Química, en realidad, lo había robado en la librería, no se lo habían regalado a mi padre. A mi padre no le regalaban nada en ninguna parte. ¿Registraría eso el Detector? ¿Me expulsarían de la escuela? Me resultaba tan natural la sed de oprobio de los niños que me acusaron... Rompían conmigo para aspirar a la soledad... Pensé orinar, eyacular o cagarme en ese vestíbulo: la Comedia del Mal contra la Comedia del Arrepentimiento; defenderme con estrepitoso mal gusto de las descargas fulgurantes de la vergüenza; defecar para demostrarles que era un marrano obscuro, para renegar de la escuela y que ella renegase de mí...

Desde que comencé a leer me convertí en sospechoso para los otros. Llegaba mi padre a casa y mi tía lo increpaba, señalándome:

—Allí está el cretino de tu hijo —decía—, leyendo idioteces, fabricándose una vida interior porque no puede vivir como los hombres.

Y no se engañaba. Buscaba desconfiadamente la profundidad de mis actos, viéndola como una dimensión imprecisa que dañaría mi espontaneidad o mi fuerza... Leer era oír en las venas el fluir de la vida, sentir animarse la sangre... ¡Arrojaba el libro sobre la

cama y me iba en busca de Polo, del viejo librero, de Lobo o de Amparo Carmen Teresa Yolanda!

Regresó el Químico.

—Vámonos...

La escuela estaba desierta y en silencio. Debían haber pasado más de dos horas.

—¿A dónde vamos?

—Al Detector de Mentiras, está aquí a cuatro calles... —me dio un coscorrón—. ¿Robaste el libro o no? Dime la verdad...

—Ya le dije que todos los libros se los regalan a mi papá.

Comenzamos a caminar. Llegamos a su coche.

—¿Por dónde vives?

—En la avenida Hidalgo, frente al Palacio de Bellas Artes...

—Lástima, voy por otro lado. Toma —y me dio el libro—, ponles nombre a todos y éste no lo traigas durante unas dos semanas. ¿Tienes dinero para el camión? —Plegaba los labios, haciendo una mueca cómica con la boca que me gustaba porque era prueba de su sinceridad.

—Sí, maestro.

Me dio una palmada en la nuca y subió al coche.

CARA II
Duración: 18' ¿QUÉ ES EL AMOR PARA TI?

—Estar enamorado es pensar todo el tiempo en el otro —empezó Amparo Carmen Teresa Yolanda ligeramente comprometida—, y por lo tanto, dar lugar a toda clase de chantajes y de traiciones, de dependencias enfermizas, de histerias. Por ejemplo, dar lugar a que el otro no llegue, a que se olvide de llamarte, a que entre a trabajar exactamente cuando tú sales de trabajar, a que llegue cansado del trabajo, a que se olvide de las fechas significativas...

—Pero eso no es el amor —replicó Lobo—. Eso es volverse dependiente, y además histérico. El amor no debe su prestigio a esas idioteces.

—Entonces no sé —dijo ella, ahogando un suspiro—. No sé, pero me da miedo.

—¿Te da miedo enamorarte?

—Me da miedo estar aquí contigo y me da miedo no venir a encontrarte. Tengo miedo de quedarme sola en mi casa, miedo de salir y miedo de que llegue mi esposo. Tengo miedo de que descubra que he hecho el amor contigo y tengo miedo de que no lo descubra. Tengo miedo de ser una ama de casa cretina y miedo de ser una puta.

Empezó a llorar con las manos sobre la cara.

¿No hacía el Amor de las oscuras fuerzas de Eros motivos racionales de comunicación? ¿No funda en esas fuerzas la dignidad última de la vida? ¿No era un sortilegio contra el miedo, una defensa contra la noche? ¿Confesaría el Amor su incapacidad para lograr la paz de la indiferencia, la tranquilidad del sueño o de la muerte?

¿Para qué enamorarse?, se preguntaba Lobo. ¿Es la ley de la vida la que nos exige enamorarnos? Estar enamorado sólo podía explicárselo si el amor no lo era todo. Enamorarse, sí, pero el olvido era también una posibilidad. El olvido, y la traición, y la indiferencia: rechazar esas posibilidades era negarse a volver a la noche de donde procedía. Enamorándose traicionaría a la noche... Las lágrimas de esa mujer sobre su pecho lo hacían sentir naufrago y culpable. Culpable por empezar a comprometerse más de la cuenta a pesar de la advertencia: no enamorarse. Pero ¿es que es posible no enamorarse? Su culpa era esa mujer que no elegía, que no había elegido y que sin embargo estaba allí, desnuda. Amar era estar sosteniéndola, casi consolándola. Era proceder de ella, ir hacia ella, ser

envuelto por ella. La existencia era tal a condición de naufragar y perderse, como existencia en un amor devastador.

¿La amaba?

—Te quiero mucho —decía ella, desde las lágrimas.

Lobo sabía que la perdía, que pasara lo que pasara ella se alejaba de él porque todo exceso placentero tarde o temprano desemboca en dolor y separación.

TEOTIHUACÁN

Van en el carrito del Mapache hasta una pulcata al pie de las pirámides que se llama Los Tres Cochinitos. Casi está vacía y comienzan a jugar rayuela... El juego es vía de acceso al tiempo puro, es abrirse a otra vida que ni siquiera tiene límites, es brindarse al azar. Y el azar es a fin de cuentas la puesta en juego de todo lo posible...

Beben más de cuatro litros de pulque cada quien, pero el sentido todavía no los abandona. Siguen jugando.

—Quiubo, pinches jícamas...

Son seis soldados que entran: llamarada momentánea de albuces y risas...

—¿No invitan a jugar rayuelita?

—No —dice Lobo—, estamos jugando nosotros.

Nadie ríe a pesar de lo ridículo y melodramático de esta respuesta. Todos parecen confabulados para dejar pasar diez minutos.

—Órale, pinches jícamas, vamos a jugarlos el pulque, ¿no?

Tienen dieciocho o diecinueve años, pero su aire hosco, sus rostros brillantes de sudor, flacos, cetrinos, y en el que habla una nariz chata y fuerte, los hacen parecer mayores.

—No —dice el Ganso midiéndolos con la mirada—, nosotros jugamos por deporte, nada más, no estamos apostando nada...

—Sí, no vayan a perder las nalgas —silba otro de los sardos.

—Entonces qué —grita el chato, triunfante—, ¿no nos van a invitar a jugar?

El Ganso habla en voz baja:

—Pues ustedes dicen. Tres para el Mapache y uno para cada uno de nosotros...

—Chinga tu madre —dice el Mapache—. Y de todos modos sobran...

—Nos van a dar en la madre pero fácil —susurra Lobo—, traen marrazos y la chingada, no, yo opino que ni madres, está la cosa méndiga, ¿no? ¿Para qué vamos a echarnos esta bronca? —y dirigiéndose al Ganso—: al primer intento de bronca que hagas yo me voy, porque ya estoy hasta la madre de broncas y no quiero madrazos con nadie, así que si arman pedo yo me salgo, ¿entendido? —Mira fijamente al Mapache—: me cae que me salgo, de veras. Y usted pinche Ganso no haga bronca...

—No, padrinito, tienes razón, ahí muere la cosa...

Pretenden divertirse en el juego y no hacer caso de las provocaciones; en la liviandad y no en la gravedad...

El Ganso va y vuelve del baño entre indirectas y abucheos vejatorios...

—Uy, pinche padrinito, vamos a ponerles en la madre...

—Si comienzas con eso yo ya me voy.

Están en juego ellos mismos.

Pero de pronto Lobo recuerda algo y se dirige al tinajero.

—Oye, ¿dónde está el cuartel aquí?

—Pues aquí a la vueltecita, a media cuadra...

—No vayan a hacer pedo —les dice al Mapache y al Ganso—, voy a buscar a mi primo que trabaja aquí en la guarnición... Es

de los que cuidan las pirámides o no sé qué madres... No me tardo...

Un soldado lo empuja.

—Perdón —dice.

—Uy, sí —el Mapache lo empuja hasta la calle—, tráete al pinche primo...

—Ya con tu primo les ponemos en la madre, ya vas —goza el Ganso.

Sale Lobo de Los Tres Cochinitos. La esperanza de encontrar refuerzos no le hace olvidar nauseabundos dolores, cierta acidez estomacal, cierta náusea. Aprieta los dientes ante la violencia de la luz, los entreabre y le da sueño. Se siente atontado, brumoso, torpe, una especie de animal que tiende a embestir las paredes para buscar el camino, no por ignorancia, sino por condenación, que necesita golpear, caer, sangrar y volver a golpear...

Un cabo de guardia le marca el alto.

—Busco al teniente Lobo.

—No es teniente, es capitán.

—Bueno, pues al capitán Lobo.

—Espérese.

Frente al cuartel que desemboca en la horrisona luz su primera sensación es la de extrañeza y separación. Se siente distinto... Tiene ganas de orinar y el mediodía es hostil y parece burlarse de él. En esto aparece su primo descamisado y bamboleante, bastante bebido también, ajustándose el cinturón con la pistola.

—Quiubo —y le reclama al cabo de guardia—, hijo de tu pinche madre, ¿por qué no lo dejaste entrar? Que no ves que es mi primo? Y qué digo mi primo, es mi hermano, sí señor, mi mero hermano... —Y lo abraza con ferocidad y con aspavientos—. ¿Cómo estás, hermano? ¿Cómo está la tía?

—Pues bien...

—¿Y la pinche abuela?

—Pues bien...

—¿Y tu hermano, y los demás?

—Muy bien todos, ¿y tú?

—Pues a toda madre, ¿qué no ves? Y pásale, que tenemos un pinche pachangón aquí porque se fue el comandante y estamos esperando a otro nuevo...

—No, fijate que este, pues no puedo quedarme porque dejé al Ganso y al Mapache allá, bueno, son mis dos cuates, ¿no? y están en la pulquería de aquí a la vuelta...

—No, pues que se vengan, chingada madre, pues si aquí hay para todos...

—No, pero es que fijate que están allí unos pinches sardinas medio cabrones y por eso vine a verte...

—¿Dónde?

—Aquí a la vuelta, en la pulquería.

Camina los dos, Lobo detrás, *un poco ajenos a este texto que intenta rescatar sus toscas maldiciones, su espontánea sublevación, su irrupción en mitad del mediodía*. Pretenden rugir pero guardan silencio. *Camina agitados como dos piojos que huyesen febrilmente por los renglones de este libro que habla de ellos*.

Entra el capitán en la pulquería y ni pregunta quiénes son los que están molestando. Arrea con los primeros que ve. El Ganso y el Mapache se animan y golpean también. Y los otros, ¿cómo van a pegarle a un oficial?

—¿Qué tal, pinches ojetes? —resoplando ruidosamente—. ¿Ya están surtidos o quieren más?

—No, mi capitán...

—Chinguen a su madre. ¿Qué no están viendo quiénes son?

—Pues no sabíamos, mi capitán...

—Pues para la próxima, ya saben, ¿eh?

—Sí, mi capitán...

Y dirigiéndose al Ganso, al Mapache y a Lobo:

—Véngase para el cuartel.

—Pues ya estás —acepta el Mapache.

—¿Cuánto se debe? —resoplando aún y hacia el tinajero gordiflón y obsequioso.

—No, mi capitán, pues no se debe nada...

—¿Cómo chingados no? ¿Cuánto se debe?

—Deveras que nada, mi capitán, deveras, no es nada...

—¿Cómo que no, carajo? ¿Cómo no me vas a cobrar?

—Bueno, pues son veintiocho pesos, mi capitán...

—Pues ahora no te pago, hijo de la chingada.

—No seas ojete —sonríe Lobo—, págale...

—No, que chingue a su madre... Vámonos...

—Págale... O si no yo le voy a pagar —insiste Lobo.

—No le pagues nada, cabrón, para que aprenda...

EL VIEJO LIBRERO

El viejo librero perfora y trastorna el universo con cada picotazo de su pensamiento. Y sin embargo, por las mañanas, lo veo conmovido dándole de comer a las palomas. Saca de sus bolsillos pedazos de pastel envueltos en servilletas bordadas, los desmenuza y arroja manso como un cordero y delicado como un gato.

Seguirlo es abandonarse al mismo extravío que él... Las palomas le borran el mundo de los hombres. Palomas más allá de donde alcanza la vista, y luego palomas y más palomas: tristes, alegres, dolientes, contentas, alborotadas, inquietas. ¡Qué delicado este diluvio de plumas! La bóveda del cielo se rasga como una almohada... El librero ríe como un viejo sátiro. Es como si fuese a comerse a las palomas, a atraparlas una por una y secuestrarlas en su saco... Me atrae como una luz...

No atino a decirle nada: mis pensamientos más queridos no logran expresarse; si los expongo resultan extranjeros. Me parecen extraños a mí mismo...

—El conocimiento es otra expresión de lo demoníaco...

Con voz enérgica y codiciosa sacude la modorra que me impide actuar. Se apoya en mí para caminar hasta la librería, pregunta cosas, se escandaliza cuando le digo que no he leído ningún libro. Las palomas lo siguen. Una se para sobre su hombro izquierdo, nerviosa y alerta, como si fuera a picotearle la nariz.

¿Y ESTA REINA DE DÓNDE SALIÓ?

Ella lo mantenía despierto. En el rumor de la ropa contra ese cuerpo él creía oír la voz del deseo.

—Se llama Patricia y es muy apretada —explicó Farfonflas—. Su papá es embajador de algún país de América del Sur...

La promesa del placer sexual, el placer que él conocía en verdad no importaba. Ver a esa mujer era como asomarse a los sueños. Caminaba con la cabeza en alto y tan frágil que apenas tocaba el suelo. Lobo no tardó en asaltarla con gesticulaciones de payaso.

—A ver, Lobo, vamos a echarnos unos toritos —empezaba ella—. A ver, dime, ¿de quién es esto? *Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Escribir por ejemplo: La noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos. El viento de la noche gira en el cielo y canta...*

—Putá, pues no sé.

- ¿Deveras no sabes?
 —Pues no.
 —Pues es de Pablo Neruda...
 —¿Y quién es Pablo Neruda?
 —¿No sabes quién es Pablo Neruda?
 —Pues no, nunca he oído hablar de él, ¿a qué se dedica?
 —¿Tampoco sabes quién es Calderón de la Barca?
 —Ese sí sé quién es —decía Lobo—, juega en el Atlante.

Quería parecer como ignorante, porque la ambivalencia es la ley de la vida. Desear el triunfo es anhelar la derrota. El placer pide dolor. Cualquier deseo gesta su antítesis.

SABOREANDO EL AMOR

El diálogo entre dos personas que se aman profundamente, en los instantes de su más intensa profundidad, se hace silencioso. Cada uno intuye lo que el otro piensa y ninguno de los dos tiene necesidad de hablar. La intuición del amor corre delante de cada palabra, la hace superflua y la anula. Los cuerpos hablan, dicen sin hablar, vibran plenos de mensajes eléctricos. El silencio canta por todas las palabras no dichas...

Cuando nos desnudábamos y hacíamos el amor entrábamos en una zona silenciosa. El mundo era transparente y tranquilo y sólo nosotros insistíamos en una vocación de ferocidades y cataclismos. Eyaculaba sobre su estómago, como Onán, y ella se embarraba el semen en las mejillas, los senos, la frente, la nariz, los ojos, y luego se lamía los dedos. Hacía del semen el agente y la substancia de su felicidad, se bañaba y perfumaba con él, con gestos de oficiante de misa negra, ciega, como si ese acto fuese la sola y única realidad.

Quizás eso es el amor: una sensación de grande, de extrema satisfacción...

PATRICIA

Estaban otra vez en el museo, frente al muro a medio pintar.

—¿Tú nada más trabajas aquí?

—Bueno —decía Lobo—, esto yo lo hago para distraerme, porque en realidad me dedico a otras cosas.

—¿Cómo qué?

—No, pues es un trabajo que me heredó mi mamá.

—Pero ¿qué trabajo?

—Pues es que me da pena decirlo, pero pues vendo cueros allá en Tijuana, ¿no?

—¿Cómo que cueros?

—Pues sí, muchachas, ¿no? Llevo viejas de aquí a Tijuana y las vendo allá...

—No seas mentiroso.

—Sí, Patricia, pues me da pena decirlo, pero la verdad es que me voy los viernes y no regreso a veces sino hasta el martes o miércoles... Por borracheras que prefería mantener secretas.

—¿Y cuánto te dan? —abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues no sé, depende. De doce a trece años pues todavía alcanzo que seiscientos, que setecientos pesos, porque todavía rinden...

—¿Y por mí cuánto te darían?

—A ver, ponte aquí junto a mí, a ver de qué rodada eres, más o menos —se comparaba con ella, siempre sonriendo—, a ver, déjame ver... Los brazos delicados y los senos del tamaño de las manzanas. Pues unos cuatrocientos pesos, ¿no?

—¿Cómo cuatrocientos pesos!

—Pues ¿cuántos años tienes?

- Pues tengo veintitantos —como diciendo mírame y asóbrate.
 —Pues sí —confirmaba Lobo, con aire de conocedor—, cuatrocientos pesos nada más, porque en dos años pues ya, no sirves para nada...

MEMORIAS

No sabíamos que Lobo terminaría acostándose con la muchacha de los ojos azules y los cabellos grises (casi sin hablar, el corazón latándole en la boca). Llegaría a llamarla "el sol de sus sentidos", dado que Patricia había sido "el vino de su vida", y Amparo Carmen Teresa Yolanda era "una llama permanente". Muchas otras mujeres vibrarían acompañando y originando sus cantos de amor. Su relación con Katuflin quedaría sepultada bajo un montón de piernas cuaternarias y la admiración de los críticos que se decían sus amigos caería en un corazón inmenso, insípido y marchito que desgraciadamente era cada vez más el suyo. Todas las mujeres que habían pasado por su vida, en cambio, arderían en su interior: todas sus desnudeces las cubriría con su alma, hecha de sed...

LA LUJURIA NO ES TAN IMPORTANTE

—VIVIMOS DRAMÁTICAMENTE en un mundo que no es dramático —sentenciaba el viejo librero preocupado por mi desfallecimiento—. Pero en el fondo, desgraciadamente, no estamos jugando nada. Nada se pierde y nada se gana. Es muy triste, e incluso diría que desolador, pero todo es azar sobre azar, vacío inconmensurable, nada sobre nada...

—¿Y nosotros? —intervenía yo. Hablaba con dificultad, físicamente acabado, moralmente extraño. El Grapa y el viejo me sostenían mientras Polo cerraba la cortina metálica de Libros Escogidos.

—Nosotros terminamos poniéndolo todo —completaba el viejo, desperezándose nostálgico y hasta un poco somnoliento, apurándose para llegar hasta El Golfo de México, la cantina más próxima—. La pasión y el horror, el júbilo y la derrota, los *te quiero mucho* y los *jamás te olvidaré*, la verdad y la traición, el éxito y las palabras que tejen el orden y el sentido...

—Y por lo tanto las refutaciones de lo que llamamos amor, pasión, verdad, júbilo, derrota, esperanza, fracaso o lo que sea —traté de decir, *o pienso que pude haber dicho*, pero el enorme espejo del bar me devolvía una imagen monstruosa y toda mi capacidad de discernimiento se trocaba en piedad y autocompasión.

—El problema es que los jóvenes como tú reducen el matrimonio al aspecto sexual... —Hablaban el viejo y carraspeaba cada determinado número de palabras—. Y el matrimonio es mucho más que todo eso... —Tenía a su lado la botella de jerez y se servía copa tras copa—. Tendrían que haber empezado por ser tolerantes uno con el otro, de ahí pasar a la amabilidad y la comprensión, y hasta a cierto sentido del humor. La lujuria no es tan importante...

NO SABÍAMOS

Recuerdo otra vez, sentado con Lobo en la trastienda de El Chivo. Encantado, con una cerveza en la mano. Él asumía de pronto nuestra absoluta derrota, los ojos fijos, sufrientes, gritando casi que era necesario que amásemos y fuésemos amados apasionadamente, gritando su odio hacia un mundo que había hecho del amor un chantaje, una prisión o una propiedad privada, alelado por la bebida...

Yo no sabía que la suerte y el tumulto de la vida inexorablemente arrastraran a los visionarios de sueños turbadores.

Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Rector de la UNAM

Dr. Fernando Pérez Correa
Secretario General Académico

Ing. Gerardo Ferrando Bravo
Secretario General Administrativo

Arq. Jorge Fernández Varela
Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Hugo Gutiérrez Vega
Director General de Difusión Cultural

Lic. Gerardo Estrada
Subdirector de Difusión Cultural

Sr. Rafael Gaona
Subdirector de Actividades Culturales

Marisa Magallón
Departamento de Grabaciones

